

tugueses y españoles, habiendo preferido estos á los extranjeros especialmente en los casos en que los historiadores de la corte de España convienen ingenuamente en que el Portugal obtuvo grandes ventajas en esta famosa revolucion. El autor se atreve á esperar que los lectores no exigirán nada mas de un escritor que no siendo ni castellano ni portugues, no tiene ningun interes en elogiar ni vituperar, y solo si el que inspira la verdad nacida del fondo de los mismos hechos que escribe.

HISTORIA

DE

LAS REVOLUCIONES

DE PORTUGAL.

PORTUGAL forma una parte de aquella vasta extension de pais que llamamos las Españas, cuya mayor parte de provincias llevan el título de reynos : el de Portugal se halla situado al occidente de la Castilla y en las riberas del Océano, las mas inmediatas al poniente de Europa : este pequeño estado no tiene mas que ciento y diez leguas de largo, y cincuenta en su mayor anchura. El suelo es fértil, el aire sano, y los calores ordinarios en aquel clima, los templá un viento fresco y las lluvias fecundas. La corona es hereditaria, y la autoridad del príncipe absoluta : sírvese con utilidad del espantoso tribunal

de la inquisicion como del instrumento mas seguro de la política. Los Portugueses son ardientes, naturalmente altivos y presumidos, adictos á la religion, pero aun mas supersticiosos que devotos. Para ellos todo es prodigio, y si se les cree, nunca el cielo deja de declararse á su favor de una manera extraordinaria.

Ygnórase quienes fueron los primeros habitantes del pais, á pesar de que sus historiadores pretenden ser oriundos de la posteridad de Tubal; y ciertamente aun que se eche mano de la fábula, dificilmente podria buscarse un origen mas antiguo. Cada nacion tiene sus preocupaciones con respeto al suyo. Lo cierto es que los Cartagineses y los Romanos se disputaron el imperio de estas provincias que poseyeron sucesivamente. Los Alanos, los Suevos y Vándalos, y todas las naciones bárbaras que bajo el nombre genérico de Godos inundaron el imperio á principios del siglo quinto, se apoderaron de toda la España. Portugal tuvo en algunas épocas

reyes particulares, y en otras estuvo tambien reunido bajo la dominacion de los príncipes que reynaban en Castilla.

A principio del siglo octavo (712) bajo el reynado de Rodrigo, último rey goda, los Moros, ó por mejor decir los Arabes súbditos del califa Valid Almanzor, pasaron de Africa á España, y se apoderaron de toda ella. El conde Don Julian, noble Español, para vengarse del ultrage que Rodrigo habia hecho á su hija les introdujo en el pais y facilitó su conquista.

Estos infieles extendieron su dominacion desde el estrecho hasta los Pirineos, excepto las montañas de Asturias en donde se refugiaron los cristianos bajo el mando del príncipe Don Pelayo que fundó el reyno de Leon ó de Oviedo (717).

Portugal tuvo la misma suerte que las demas provincias de España y pasó á la dominacion de los Moros. Estos establecieron diferentes gobernadores, que despues de muerto Almanzor el Grande, se hicieron independientes erigiéndose en

otros tantos soberanos , pero la emulacion y la diversidad de intereses les desunió , y el lujo y la molicie completaron su pérdida.

Enrique , conde de Borgoña (1) y oriundo de Roberto , rey de Francia , los arrojó de Portugal á principios del siglo dozavo. Este príncipe , animado del mismo zelo que en aquellos tiempos creó tantas cruzadas , habia pasado á España , deseoso de señalar su valor guerreando contra los infieles. Hizo sus primeras campañas bajo el mando de Rodrigo de Vivar , aquel célebre capitan llamado el Cid , distinguiéndose por su valor extraordinario en aquellas guerras de religion ; y posteriormente , Alfonso VI , rey de Castilla y de Leon , le entregó el mando de sus egércitos. Se supone que este príncipe frances derrotó los Moros en diez y siete batallas , y que los arrojó de aquella parte de Portugal que está situada hácia el norte. El rey de Castilla para unir á su fortuna un capitan tan fa-

(1) Teodoro Godefroy , en su tratado del *Origen de los Reyes de Portugal*.

moso , le casó con una princesa hija suya , llamada Teresa , y le dió sus propias conquistas para dote y recompensa. Extendiólas el conde con nuevas victorias : Sitió y tomó las ciudades de Lisboa , Visea y Coimbra , y tuvo igual buen éxito en las tres provincias entre Duero y Minho , formando de todo ello una soberanía considerable ; y sin ser rey ni haber tomado el título de tal , cimentó los fundamentos del reyno de Portugal.

El príncipe Alfonso su hijo sucedió á su valor y á sus estados , aumentándolos aun con nuevas conquistas. Los héroes fundan los imperios , los cobardes los ruinan.

Los soldados del conde Don Alonso , despues de una gran victoria que habia conseguido contra los Moros , le proclamaron rey , y los estados generales reunidos en Lamego le confirmaron este augusto título transmitiéndolo juntamente á sus sucesores. En esta asamblea de los principales de la nacion se establecieron las leyes fundamen-

tales concernientes á la sucesion de la corona. El primer artículo de estas leyes, dice :

ARTICULO I.

« Que viva el rey Don Alfonso y que reyne sobre nosotros; si tubiere hijos varones, que sean tambien nuestros reyes, sucediéndose el hijo al padre, despues el nieto y á este el visnieto, y en esta forma sus descendientes á perpetuidad.

ARTICULO II.

« Si el primogénito del rey muriese durante la vida de su padre, sucederá á este, despues de su muerte, el segundo hijo, y será nuestro rey; tras de este, el tercero y así los demas hijos del rey.

ARTICULO III.

« Si el rey muriese sin hijos varones y existiese un hermano del rey, este será nuestro rey, pero solo durante su vida; pues sus hijos no lo seran á menos que los obispos y los estados lo elijan, y de este modo sea nuestro rey, y si no, no.

ARTICULO IV y V.

« Si el rey de Portugal no tubiere ningun hijo varon, y si una hija, esta será reyna despues de la muerte de su padre, con tal que se case con un señor portuges; pero este no llevará el nombre de rey, hasta que tenga un hijo varon de la reyna su muger. Cuando se halle en compañía de la reyna se colocará á su izquierda, y no llevará la corona real en su cabeza.

ARTICULO VI.

« Esta ley será perpetuamente observada, y la hija mayor del rey no tendrá otro marido que un caballero portuges, á fin de que ningun príncipe extranjero se haga dueño del reyno. Si la hija del rey se uniese á un príncipe ó señor extranjero, no será reconocida como reyna, porque no queremos que nuestros pueblos se vean obligados á obedecer á un rey que no sea portuges, pues que nuestros súbditos y compatriotas nos han hecho rey, sin el auxilio de ningun extranjero, y solo por su valor y á espensas de su sangre.»

Con estas leyes tan sabias se ha conservado la corona durante muchos siglos en la dinastía de Alfonso, cuyos sucesores aumentaron su brillo y poder por medio de las importantes conquistas que hicieron en Africa, en las Indias, y despues en América. Todo elogio seria insuficiente para encarecer justamente á los Portugueses que en empresas tan lejanas y extraordinarias, manifestaron no menos valor que conducta: entre las ventajas que les ha proporcionado la extension de sus conquistas, han tenido la de extender la religion cristiana y el conocimiento del verdadero Dios en los reynos idólatras y paises bárbaros, donde los misioneros portugueses han hecho conquistas espirituales no menos considerables. Tal era el reyno de Portugal en el año de 1557, quando subió al trono el rey Don Sebastian, hijo póstumo del príncipe Don Juan, que habia muerto antes que el rey Don Juan III su padre, hijo que fué del gran rey Don Manuel (1557).

Don Sebastian tenia poco mas de tres años quando sucedió al rey su abuelo: durante su minoridad se confió la regencia del estado á Catalina de Austria su abuela, hija de Felipe I^o rey de Castilla, y hermana del emperador Cárlos V. Don Alejos de Menezes, señor que profesaba una piedad singular, fué nombrado para ayo del príncipe, y el P. Don Luis de Cámará, de la compañía de Jesus, estuvo encargado del cuidado de sus estudios.

Estos sabios gobernantes no perdonaron medio alguno para inspirar prontamente á este príncipe los sentimientos de religion, y al mismo tiempo de gloria digna de un soberano; pero se excedieron en estas miras tan nobles y tan cristianas. Menezes solo hablaba á Don Sebastian de las conquistas que los reyes sus predecesores habian hecho en las Indias y en las costas de Africa. El jesuita por su parte le representaba á cada momento que los reyes han recibido su corona solo de Dios y no debian tener otro obgeto en su gobierno

que el de hácerle reynar en todos sus estados y sobre todo en tantos países lejanos donde no se conocia ni aun su nombre. Mezeladas estas ideas piadosas y guerreras hicieron una fuerte impresion en el espíritu de un jóven príncipe naturalmente impetuoso y lleno de fuego : ya no hablaba sino de expediciones , de proyectos de conquistas , y apenas entró en el gobierno de sus estados que ya pensó en llevar por sí mismo la guerra al Africa ; de lo cual conferenciaba continuamente unas veces con los oficiales, y otras con los misioneros y religiosos, como si hubiese querido unir el título de apostol á la gloria de conquistador.

La guerra civil que se habia promovido en el reyno de Marruecos le pareció una ocasion favorable para manifestar su zelo y su valor. Muley Mohammed habia sucedido á su padre Abdallá, último rey de Marruecos, pero Muley Moluc, su tio paterno, pretendia que no podia aquel subir al trono en perjuicio suyo y contra lo dispuesto por

la ley de los cherifes , la cual llamaba sucesivamente para la corona á los hermanos del rey con preferencia á sus propios hijos. Este fué el motivo de una guerra sangrienta entre el tio y el sobrino, Muley moluc, príncipe valeroso y tan gran político como capitan , formó un poderoso partido en el reyno y ganó tres batallas contra Mohammed, arrojándole de sus estados y del Africa.

El príncipe despojado pasó el mar y vino á buscar un asilo en la corte de Portugal, manifestando á Don Sebastian que á pesar de su desgracia habia conservado todavía en su reyno un gran número de partidarios secretos que solo esperaban su regreso para declararse ; que ademas sabia que Moluc estaba atacado por una enfermedad mortal que le consumia insensiblemente ; que el príncipe Hamet, hermano de Moluc, era poco estimado en su nacion ; que en estas circunstancias solo necesitaba algunas tropas para aparecer en las fronteras ; que su presencia haria pronunciar en su fa-

vor sus antiguos vasallos, y que si podia recobrar su corona con el auxilio de la de Portugal, la pondria bajo la fé y homenaje de esta, y aun la veria mas gustoso en la cabeza del rey portugues que en la de su usurpador.

Don Sebastian, que tenia la imaginacion llena de vastos proyectos de conquista, se comprometió con mas ardor que prudencia á marchar él mismo á esta expedicion: hizo mil caricias al rey moro y le prometió restablecerle en su trono á la cabeza de todas las fuerzas del Portugal. Lisongeábase de que bien pronto enarbolaria la cruz encima de las mezquitas de Marruecos: en vano sus mas prudentes consejeros trataron de disuadirle de una empresa tan precipitada; pues su zelo, su valor, la presuncion, defecto ordinario de la juventud y aun de los reyes, los mismos aduladores inseparables de la corte, todo le representaba victorias fáciles y gloriosas. Este príncipe obstinado en sus ideas cerró los oidos á todo lo que sus ministros pudieron expo-

nerle, y como si la soberania del poder diese tambien la de la razon, despreció los avisos de su consejo, pasó el mar, y con un ejército apenas de trece mil hombres, emprendió la obra de destronar á un rey poderoso y el mejor capitán del Africa.

Advertido Moluc de los designios y del desembarco del rey de Portugal, le esperaba á la cabeza de todas las fuerzas de su imperio; habia reunido un ejército de caballería de cuarenta mil hombres, la mayor parte soldados viejos y aguerridos, tadavia mas temibles por la experiencia y capacidad del príncipe que los mandaba que por su propio valor. En cuanto á su infantería, apenas contaba diez mil hombres de tropas bien organizadas, no contando con una infinidad de alarbes y de milicias que habian acudido á su auxilio, pero que eran mas á proposito para robar que para batirse, y que huian al primer encuentro ó se declaraban por el vencedor.

No dejó Moluc de servirse de ellos para fatigar el ejército cristiano. Extendidos

aquellos infieles en los campos, á cada momento se presentaban escaramuceando á vista del acampamento, teniendo órdenes secretas de irse retirando de los Portugueses para hacerles abandonar las orillas del mar en donde estaban atrincherados, y al mismo tiempo, con un miedo simulado, entretener la confianza temeraria de Don Sebastian. Este principe mas valeroso que prudente, viendo que todos los dias los Moros se retiraban en cuanto les presentaba sus tropas, las hizo salir de sus trincheras y se puso en marcha contra Moluc, como si fuese á una victoria cierta. Por de contado el rey bárbaro se retiró, manifestando querer evitar una accion decisiva; presentaba un corto número de tropas, y aun hizo varias proposiciones á Don Sebastian, aparentando no tener confianza en sus fuerzas ni en el éxito de la guerra. El rey de Portugal creyendo mas difícil alcanzar al enemigo que vencerle, se empenó á perseguirle; pero en cuanto Moluc le vió separado del mar y de su flota, se

monstró firme en la llanura, extendiendo su inmensa caballería en forma de media luna para encerrar todo el ejército cristiano. Habia puesto á su hermano el príncipe Hamet á la cabeza de este cuerpo, pero como no estaba bien seguro de su valor, le previno que solo á su nacimiento debia el mando del ejército, pero que si tubiese la cobardia de huir, él mismo le ahogaria con sus manos, y que era preciso vencer ó morir.

Mas él mismo se sentia morir, y su debilidad era tal que no dudaba habia llegado el último de sus dias; en esta extremidad no olvidó nada de cuanto podia hacerle el mas memorable de su vida, colocó por sí mismo su ejército en batalla y dió todas las órdenes con tanta precision y despejo de espíritu, como si hubiese estado en salud completa. Extendió su precaucion hasta los sucesos que pudiesen acaecer despues de su muerte, mandando á los oficiales que le rodeaban, que si expirase durante el calor del combate, ocultasen con

cuidado la noticia, y que para mantener la confianza de los soldados fingiesen venir á tomar sus órdenes, y se acercasen los edecanes á su litera como si estubiese todavía en vida. No puede admirarse bastante el valor y magnanimidad de este rey bárbaro, que combinó de tal modo sus órdenes y sus proyectos con los últimos momentos de su vida, que impidió el que la misma muerte le arrebatase la victoria. Luego se hizo llevar por todas las filas del ejército y tanto por señas, como por su presencia y sus discursos exortó á los Moros á combatir generosamente por la defensa de su religion y de su patria.

La batalla comenzó con descargas de artillería de una y otra parte; los dos ejércitos principiaron sus movimientos cargando con el mayor furor, y bien pronto se mezclaron. La infantería cristiana, sostenida con la presencia de su rey, hizo plegar á la de los Moros, compuesta la mayor parte de alarbes y vagabundos de que ya hemos hablado: el duque de Aveiro rechazó tam-

bien un cuerpo de caballería que tenia al frente, arrojándolo hasta el centro donde se hallaba Moluc. Este príncipe, al ver llegar sus soldados en desórden huyendo delante de un enemigo victorioso, se arrojó de su litera, y lleno de cólera y furor, aun que moribundo, queria llevarlos por sí mismo al combate; en vano se interponen en su paso sus oficiales, se abre calle á sablazos, pero sus esfuerzos acababan de agotar sus fuerzas, y cayó desmayado en brazos de los escuderos: pusiéronle en su litera, en donde apenas estuvo colocado, que poniendo su dedo en la boca, como recomendando el sigilo, expiró en el mismo instante, antes de poderle conducir hasta su tienda.

Quedó oculta su muerte á los dos partidos: el de los cristianos parecia hasta entonces llevar la ventaja, mas la caballería de los Moros que habia formado un gran círculo, estrechándose á medida que se aproximaban las extremidades, acabó de rodear el pequeño ejército de Don Sébas-

tian. Los Turcos cargaron por todas partes sobre la caballería portuguesa, la cual acosada por la muchedumbre, vino á dar, retirándose, con su infantería, é introdujo en ella el temor, el desórden y la confusion.

Los infieles se echaron con sus cimitarras levantadas sobre aquellos batallones abiertos y desconcertados, venciendo sin pena ninguna aquellos soldados admirados y ya vencidos por el terror: desde entonces todo fué una horrorosa carnicería. Los unos, hincados, de rodillas, pedian se les concediese el vivir; los otros querian salvarse por la huida, pero como estaban cercados por todos lados, donde quiera quese dirigian, encontraban al enemigo y á la muerte. El imprudente Don Sebastian pereció tambien en la refriega, confundido en el desórden, ó acaso por que él mismo se hizo matar por no sobrevivir á la pérdida de tantas personas de calidad que los Moros habian atrozmente destrozado, y que él mismo habia arrastrado á la mortandad. Muley Mohammed, autor de

esta guerra buscó en la fuga su salvacion, pero se ahogó al pasar el rio de Mucazen. De este modo perecieron en un mismo dia tres grandes príncipes y todos tres de distinta manera: Moluc por la enfermedad, Mohammed en las aguas, y Don Sebastian entre las armas.

Sucedióle su tio, el cardenal Don Enrique, hermano de Juan III su abuelo, é hijo del rey Manuel: mas como este principe era sacerdote y que ademas se hallaba achacoso y ya de edad de sesenta y siete años, los pretendientes á la corona la miraban como depositada en su cabeza, y cada uno en particular trató de ganarla para sí.

Los aspirantes eran muchos, salidos la mayor parte del rey Manuel, aunque en grados diferentes. Felipe II, rey de España, Catalina de Portugal, muger de Don Jaime duque de Braganza, el duque de Saboya, el de Parma, y Antonio, caballero de Malta y Gran Prior de Crato, no olvidaban nada para hacer valer sus derechos. Publicá-

ronse varios escritos en nombre de estos príncipes, en los cuales los jurisconsultos trataban de arreglar el orden de sucesion segun los intereses de los que les hacian trabajar.

Felipe era hijo de la infanta Isabel, hija mayor del rey Manuel; la duquesa de Braganza venia del príncipe Don Eduardo, hijo del mismo rey Manuel; el duque de Saboya era hijo de la princesa Beatriz, hermana menor de la emperatriz; y el duque de Parma lo era de Maria de Portugal, hija del príncipe Eduardo y hermana mayor de la duquesa de Braganza; el gran Prior era hijo natural de Don Luis de Beja, segundo hijo del rey Manuel, y de Violante de Gomez, llamada la Pelicana, muger la mas hermosa de su tiempo, con quien segun Antonio su hijo pretendia, el príncipe se habia casado secretamente. Catalina se puso tambien en las listas, y pedia esta corona como descendiente de Alfonso III, rey de Portugal, y de Matilde, condesa de Bolonia. Hasta el papa quisó tambien te-

ner algun derecho, solo porque el rey era cardenal; como si la corona fuese un beneficio cuya provision perteneciese á la corte romana. Se hizo poco caso de estas pretensiones extrangeras, destituidas de fuerzas para hacerse valer.

Bien se veia que esta sucesion pertenecia principalmente al rey de España y á la duquesa de Braganza. Esta duquesa era amada; su marido descendia aunque en línea indirecta de los reyes de Portugal, y ella pretendia la corona, fundándose en que era Portuguesa y que por las leyes fundamentales del reyno los príncipes extrangeros estaban excluidos, como tenemos indicado al principio de esta obra. Felipe convenia en este punto que excluia á los duques de Saboya y de Parma, mas él pretendia que un rey de las Españas no podía presumirse extrangero á Portugal, y mucho menos habiendo estado este pequeño reyno mas de una vez bajo la dominacion de los reyes de Castilla: ambos tenian sus partidarios, y molestaban con sus solici-

tudes al rey cardenal, que no se atrevía á meterse en tan importante negocio, y quizas enojado de oír continuamente hablar de su sucesor, y queriendo vivir y reynar en paz, envió á una junta la discusion de los derechos de los pretendientes, de que no debia decidir hasta despues de su muerte.

Este príncipe no reynó mas que diez y ocho meses, llenando su muerte el Portugal de disturbios y divisiones: cada qual, segun su inclinacion, tomaba partido por alguno de los pretendientes, y los mas indiferentes esperaban la decision de la junta que el difunto rey habia establecido por su testamento; mas conociendo Felipe que intereses tan grandes no se terminan con las discusiones de los juriscultos, hizo entrar en Portugal un poderoso ejército á las órdenes del famoso duque de Alba, que decidió el asunto en su favor.

No parece que el duque de Braganza se pusiese en estado de sostener su derecho por las armas, y solo el gran Prior hizo

esfuerzos para oponerse á los Castellanos: el populacho lo habia proclamado rey, y le daba el título de tal, como si lo hubiese recibido de los estados del reyno. Sus amigos levantaron algunas tropas en su favor, mas el duque de Alba las deshizo; todo cedió ante el poder de aquel gran capitán español. Los Portugueses, poco unidos entre sí, sin generales, sin tropas organizadas, y sin otras fuerzas que su natural animosidad contra los Castellanos, fueron desechos en varios encuentros; la mayor parte de las ciudades, temerosas de verse entregadas al pillage, hicieron sus tratados particulares, y Felipe fué reconocido por legítimo soberano. Este príncipe tomó posesion del reyno como sobrino segundo y heredero del rey difunto; aunque le pareció mas seguro el derecho de conquista, al menos este fué el que regló su conducta y la de sus sucesores. Felipe III su hijo, y Felipe IV su nieto, trataron despues al Portugal, menos como á vasallos naturales que como á pueblos sometidos por las armas y

por el derecho de la guerra, y este reyno se hacia insensiblemente provincia de España, como antes lo habia sido, sin que los Portugueses estuviesen en estado de pensar en sustraerse de la dominacion castellana. Los grandes del reyno no osaban presentarse con el brillo correspondiente á su dignidad ni exigir todos los derechos debidos á su rango, temiendo excitar las sospechas de los ministros españoles en un tiempo en que bastaba ser rico ó considerado por su mérito ó nacimiento, para ser sospechoso y perseguido. La nobleza estaba como desterrada en sus casas de campo, y el pueblo sobrecargado por los impuestos exorbitantes. Creia el conde de Olivares, primer ministro de Felipe IV, rey de España, que las nuevas conquistas debian debilitarse al extremo; sabia muy bien que una antigua y como natural antipatía hacia siempre odiosa á los Portugueses la dominacion española, por mas que él se empeñase en evitarlo; que aquellos verian con indignacion los empleos y dignidades

ocupadas por los extrangeros ó por gentes sacadas del polvo, cuyo único mérito era el de ser adictas á la corte; y pretendia haber asegurado la autoridad de su amo dejando á los grandes sin empleos, á la nobleza excluida de los negocios, y empobreciendo al pueblo poco á poco, de tal manera que no tubiese fuerza para intentar ninguna variacion. Ademas de esto, sacaba de aquel reyno todos los hombres en estado de tomar las armas, y los hacia servir en las guerras, temeroso de que aquellos espíritus inquietos turbasen la tranquilidad del gobierno.

Esta política que, llevada hasta cierto punto, hubiera podido producir su objeto, tubo un efecto enteramente contrario, por haberse excedido en ella á causa de las necesidades en que entonces se vió la corte de España, y del carácter de su primer ministro que era naturalmente duro é inflexible. Ya no se guardaban medidas con el Portugal y ni aun se dignaban emplear los pretextos ordinarios para exigir dinero